

Cuaderno 2: El padre De Agostini y la Patagonia

- [El padre De Agostini y la Patagonia](#)
- [Tierras Magallánicas: La primera exploración de De Agostini](#)
- [Las exploraciones](#)
- [Ultima Esperanza y Monte Mayo](#)
- [La travesía del Hielo Continental y el Fitz Roy](#)
- [Lago San Martín y Monte San Lorenzo](#)
- [De Agostini ambientalista y la ascensión al San Lorenzo](#)
- [Exploración aérea de la Región Última Esperanza](#)
- [De Agostini escritor y fotógrafo](#)
- [El problema de los indios](#)

[Sugerencias](#) | [Imprimir](#)

EL PADRE DE AGOSTINI Y LA PATAGONIA

"¿De Agostini? Lo recuerdo muy bien todavía. Había venido a nuestro instituto para hablarles a los niños acerca de sus exploraciones. Era un hombre alto, delgado, pero la cosa que recuerdo con mayor nitidez era su mirada, siempre en movimiento. Parecía que las cuatro paredes que delimitaban el aula lo hiciesen sentir en una ratonera, y tal vez era exactamente así. Habitado a los grandes espacios, al sentido de ilimitada y salvaje libertad de las tierras magallánicas, él debía sentirse efectivamente incómodo y quizá con el pensamiento se perdía en los extensos bosques, entre los montes y los hielos de la Patagonia".

Diría yo que es suficiente este brevísimo testimonio de monseñor Gandini, párroco de Seregno y alpinista también él, para hacer una primera presentación del último gran explorador de la Patagonia y de la Tierra del Fuego. Padre Alberto María De Agostini: un misionero salesiano que como ninguno ha sabido fusionar la obra de caridad cristiana con aquella, aparentemente opuesta, del explorador. En esta monografía nos ocuparemos, pues, de uno de los mayores exploradores patagónicos, de sus obras, de sus fotografías documentales y de su montañismo, pero también tendremos la manera de conocer al hombre De Agostini. Y tal vez sea por cierto ésta la empresa más ardua, por cuanto se conoce bien poco de su vida privada.

[Subir](#)

TIERRAS MAGALLÁNICAS: LA PRIMERA EXPLORACIÓN DE DE AGOSTINI

Inmediatamente después del descubrimiento del continente americano, cuando se comprendió que no se trataba de las Indias Orientales sino de una tierra completamente nueva, se iniciaron los viajes de exploración con el propósito de hallar un paso que permitiese superar el obstáculo y penetrar en el Océano Pacífico. El honor de este descubrimiento corresponde al portugués Fernando de Magallanes, quien, habiendo partido de la península ibérica en setiembre de 1519, se internó en el estrecho que después tomaría su nombre el 10 de noviembre de 1520. Magallanes prosiguió el viaje y entró en el Océano Pacífico, alcanzó las Indias Orientales y perdió la vida en las Filipinas, en un encuentro con las tribus indígenas. La "Victoria" fue la única de las cinco naves que retornó a su punto de partida, el 7 de noviembre de 1522. Era la primera embarcación que había circunnavegado el globo, pero retornaba con tan solo dieciocho sobrevivientes a bordo.

Los años sucesivos vieron aumentar cada vez más la importancia del Estrecho de Magallanes, que fue pronto aprovechado también por Francis Drake, el corsario inglés, para tomar por sorpresa a las colonias españolas del Pacífico. A esta incursión España respondió intentando fundar dos colonias que controlaran el paso, pero por desgracia la iniciativa tuvo corta vida y todos sus habitantes perecieron en el lapso de pocos años. No obstante esta infortunada iniciativa, tanto Inglaterra como España procuraron obtener el mayor número de informaciones topográficas y oceanográficas con el fin de mejorar su presencia en aquellas latitudes.

Entre 1826 y 1834 el Almirantazgo Británico organizó el primer gran relevamiento de los mares de la América Latina y de la Tierra del Fuego. La empresa fue capitaneada por Philip Parker King y por Fitz Roy sobre las naves "Beagle" y "Adventure". En 1831 se unió a la expedición el célebre naturalista Charles Darwin, quien con Fitz Roy remontó el Río Santa Cruz casi hasta el Lago Argentino. El imponente trabajo de los ingleses iniciaba la era de la colonización y de un más profundo conocimiento de esas tierras. Bien pocos habían sido hasta entonces los viajes a las zonas no costeras, que permanecían, en la práctica, desconocidas. Constituyen excepción las exploraciones del misionero italiano Nicolás Mascardi y, más tarde, la de Tomás Falkner, quien durante veinte años realizó diversos viajes por el interior. Ulteriores conocimientos de la región cordillerana y de la pampa provinieron del trabajo de otros estudiosos, como Antonio Viedma y Alberto Malaspina, seguidos, a fines del ochocientos, por los argentinos Piedrabuena y Moyano, cuyo aporte al conocimiento de la Patagonia es, sin duda, uno de los mayores en sentido absoluto. Después de Moyano y otros pocos, la historia de las exploraciones de las tierras magallánicas nos toca de cerca porque, a partir de 1910, es también la del padre Alberto María De Agostini.

Alberto María De Agostini nació en Pollone, pequeño pueblo de Piemonte, en las cercanías de Biella, el 2 de noviembre de 1883. Fue ciertamente la feliz ubicación de la región natal, al pie de los Alpes, y la vecindad de Biella, cuna del alpinismo italiano, las que influyeron, desde la juventud, en el ánimo y las preferencias de De Agostini. La pasión



El padre Alberto María De Agostini en Punta Arenas con un grupo de alumnos del Colegio San José. Alrededor de 1913



Efectos del viento Sur-Oeste sobre la vegetación



País de los Gigantes o Tierra de los Patagones y Tierra del Fuego o Isla Magallánica en el mapa del padre P.M. Coronelli .

por la montaña, por los grandes espacios y las zonas inexploradas creció con él, y ya sobre los Alpes supo destacarse como experto alpinista que acompañaba, junto a la acción, la investigación, los escritos y la documentación fotográfica.

En 1909, a los veintiséis años, consagrado sacerdote en la orden salesiana, abandonó inmediatamente Italia y partió como misionero hacia una de las regiones menos conocidas y más inhóspitas del globo: la Tierra del Fuego. ¿Qué era lo que lo impulsaba hacia allá? Ciertamente, la vocación sacerdotal y las exigencias de su orden, pero también, sin duda, ese espíritu de exploración en el cual apenas se ha mencionado la influencia de su hermano Juan, fundador del Instituto Geográfico que lleva su apellido. Ya Don Bosco, fundador de la orden de los salesianos, hablaba de aquellas lejanas tierras con conocimientos superiores a los comunes. En sueños había tenido la visión de las riquezas y bellezas naturales aún ocultas en las regiones interiores de la Patagonia y de la Tierra del Fuego. En la obra de exploración de De Agostini podemos entrever por cierto también una voluntad permanente que tenía al propósito de demostrar en forma cabal que el sueño de Don Bosco era verídico, lo que, ante la magnitud del material reunido puede considerarse logrado.

Fue con estos antecedentes que inició una de las más completas obras misioneras que se conozcan: el eclesiástico se conjugó con el antropólogo, con el fotógrafo, con el geólogo, con el etnólogo y con el montañista, y todos estos aspectos, actuando como fuerzas conjuntas, permitieron a De Agostini alcanzar aquella estatura humana y espiritual que todos le reconocen.

El joven sacerdote llegó a Punta Arenas en 1910 y halló a sus hermanos de orden empeñados en la tentativa de sustraer de la declinación y de la destrucción a los últimos núcleos de los indios fueguinos. Desde varios años atrás esa obra era llevada adelante con tesón por el prefecto apostólico de los territorios magallánicos, monseñor José Fagnano. Con gran habilidad diplomática, Fagnano logró obtener el apoyo de las más importantes familias de colonos, los Menéndez y los Braun, pero la situación era ya comprometida y se precipitaría muy pronto. La introducción de la cría de ganado desencadenó la caza del indio y dio definitivamente el golpe de gracia a la cultura indígena. Los salesianos se empeñaron esforzadamente en preservar de la invasión de la cultura occidental a los indios, agrupándolos en misiones adecuadamente construidas, pero la empresa no era fácil, dado que se debía también mantener una buena convivencia con los colonos y con los ricos propietarios que habitaban en los grandes centros. En este cuadro De Agostini inició su obra, enseñando en las misiones y en los centros salesianos. Tan solo en el tiempo libre se dedicaba a las exploraciones que lo hicieron tan famoso. No obstante, ese escaso tiempo fue suficiente para permitirle documentar de manera completa todos los territorios magallánicos.

[Subir](#)

LAS EXPLORACIONES

Punta Arenas fue la base de partida para las primeras exploraciones de Alberto De Agostini, quien no por casualidad mostró muy pronto su interés por la cordillera fueguina conocida como Cordillera Darwin. En los primeros dos años de su permanencia el sacerdote había tenido ocasión de realizar, por tierra y por mar, una pesquisa preliminar del archipiélago fueguino y, sobre esa base, de hacerse una idea de las zonas más interesantes y de las dificultades que habría encontrado.

En 1912 De Agostini se dirigió, pues, a la Cordillera Darwin, que con sus imponentes cumbres no podía menos de atraer su espíritu de montañista. La Cordillera Darwin, última estribación meridional de la cadena andina, se halla en el sector occidental de la isla de Tierra del Fuego, y presenta cimas de notable altura, que alcanzan a los 2300-2400 metros. El sistema orográfico se extiende cerca de 100 kilómetros y está delimitado al sud por el canal de Beagle y al norte por la bahía del Almirantazgo. Al este y al oeste establecen sus confines, respectivamente, el valle de Jendegaia y el fiordo Contraalmirante Martínez. La cima más alta de la cadena es el Monte Sarmiento, que, con su blanca silueta, se eleva directamente del mar, dando una impresión de enorme poderío.

Dice al respecto De Agostini: "Es algo que no se puede olvidar. Cuando, algunos años después de estos viajes míos, tuve ocasión de ver de cerca el monte Aconcagua, de 7000 metros de altura, esa visión no causó en mí ni siquiera un pálido reflejo de esa fuerte emoción, mezcla de maravilla y espanto, que sentí cuando me hallé frente a la imponente pirámide del Sarmiento."

Entre 1913 y 1914 el salesiano realizó dos tentativas por alcanzar esa cima, pero la adversidad del tiempo y las enormes dificultades de acercamiento y orientación las frustraron. De regreso de la primera fallida tentativa al Monte Sarmiento, De Agostini se dirigió a la bahía del Almirantazgo y, con los guías Abel y Agustín Pession y el doctor De Gásperi, realizó la primera travesía de la Cordillera cruzando la Sierra Valdivieso hasta Ushuaia, la más austral ciudad argentina. Una vez alcanzado el pequeño centro habitado, sus intereses se orientaron inmediatamente hacia el Monte Olivia, que domina la bahía de la población con sus formas esbeltas. Los tres andinistas (De Agostini y los Pession) partieron hacia la montaña sin De Gásperi. La escalada no estuvo exenta de obstáculos y peligros debidos principalmente a las rocas esquistosas fácilmente desmenuzables que constituían la cumbre. Una escarpada y poco segura cresta creó algunas dificultades, pero a las 10:30 hs el estandarte argentino flameaba en la cima. En Ushuaia la población había tenido noticia del acontecimiento, que fue certificado sin rodeos por el gobernador de Tierra del Fuego, Francisco J. Cubas.

Otros veinticinco notables de la población afirmaron por escrito haber... "observado con ayuda del telescopio flamear sobre un pilón de piedra en la cumbre más elevada del Monte Olivia la bandera nacional, que había sido colocada el día anterior como a las diez y media a. m. por una expedición alpinística que dirigió el R.P. Salesiano D. Alberto De Agostini, en compañía de los dos guías Abel y Agustín Pession, lo que certificamos para que sirva de constancia..."

Pero era el Monte Sarmiento el sueño y la obsesión de De Agostini, quien, con todo, se daba cuenta de que la técnica del montañismo de aquellos años no habría permitido vencer tamaño obstáculo. Con todo, supo esperar, hasta el punto de dedicar a este empeño sus últimas fuerzas y ver coronado su deseo cuarenta y dos años más tarde.



Campamento Tehuelche en la Patagonia.



Un grupo de mujeres Selknam (Onas) en la Misión Candelaria de Río Negro.



Tierra del Fuego. Los guías Guglielminetti y Piana. Al fondo el Glaciar Schiapparelli y el Cuerno Negro.



El Glaciar Schiapparelli desde la cumbre del Cuerno Negro (17 de enero de 1914).



En el Glaciar Schiapparelli, los guías de Valsesia Guglielmo Guglielminetti y Eugenio Piana posan ante el fotógrafo. (Expedición de 1913-14).

Los años 1914 y 1915 estuvieron todavía dedicados a la exploración de la Cordillera Darwin, cuya parte interna era aún prácticamente desconocida. En la Sierra Alvear, sobre el Lago Fagnano, el sacerdote escaló el Monte Corbajal, y en la Darwin intentó la ascensión del Monte Italia y logró la del Monte Belvedere.

[Subir](#)

ÚLTIMA ESPERANZA Y MONTE MAYO

Entre 1916 y 1917 las exploraciones de De Agostini tuvieron como campo de acción la Patagonia y, precisamente, los grupos del Balmaceda y del Paine. El primer macizo surge al fondo de la bahía Última Esperanza, unos setenta kilómetros al nordeste de Puerto Natales. Alrededor de las laderas de la montaña De Agostini realizó algunos relevamientos para mejor definir la orografía. Bastante más laboriosa e interesante fue la exploración del macizo del Paine, situado un poco más al norte del Balmaceda.

De las descripciones conservadas es fácil comprender que ese grupo montañoso suscitó en el misionero una muy fuerte impresión, ya sea por la majestuosidad de las cimas como por la belleza del ambiente natural. En la región Última Esperanza, De Agostini veía (y no se equivocaba) un rincón del paraíso terrestre que había quedado oculto, durante años, a los ojos humanos. Varias veces efectuó excursiones por la zona, dejándonos una admirable descripción en sus libros y acompañándola de espléndidas fotografías.

A propósito del Paine se expresa así: "El lugar es de los más salvajes y grandiosos. Selvas, lagos, ríos, cascadas, constituyen el pedestal de este fantástico castillo torreado, con murallones gigantescos, acorazado de hielos, sobrepasado por agujas de terrible aspecto que tanta seducción ofrecen al denuedo de los montañistas."

En 1929 De Agostini efectuó la exploración del último extremo de territorio aún desconocido de la cadena, la cuenca terminal del Paine, que, por su forma perfectamente circular, fue confundida por Moyano, quien la entrevió a la distancia, con el cráter de un volcán extinguido. Del mismo año es la travesía de la Sierra de Los Baguales, macizo basáltico que separa el Paine del Lago Argentino. El grupo montañoso, aislado y salvaje, reservaba nuevas e inusitadas vistas al explorador, quien, en sólo siete horas de caballo, llegó de la estancia "Los Leones" a la estancia "Anita", sobre las orillas del Lago Argentino.

Concluida esta campaña, el salesiano proyectó su interés más al norte, sobre el mismo Lago Argentino y hacia los glaciares que allí se precipitan alimentándose en el corazón de la Cordillera. La región estaba prácticamente inexplorada, y eran desconocidos el paisaje y la orografía interna. Entre diciembre de 1930 y enero de 1932 De Agostini colmó estas lagunas geográficas visitando los fiordos Mayo y Spegazzini. Como siempre, su primera preocupación fue procurar alcanzar alguna cima que pudiese ser punto panorámico para los relevamientos. Con los guías Croux y Bron y con el doctor Egidio Feruglio, el padre De Agostini se dirigió primeramente al glaciar interno y después intentó la ascensión de la imponente pirámide del Monte Mayo. Favorecidos por un poco común período de buen tiempo, los cuatro lograron escalarlo y alcanzaron sin problemas los 2430 metros de la cima, de la cual podían dominar el fiordo y las tierras que se extienden lejos del mar. Era el 14 de enero de 1931, y desde la cima De Agostini tuvo una vista completa del territorio que lo circundaba.

"Un panorama estupendo, indescriptible por la profunda vastedad del horizonte y por la sublime grandiosidad de los centenares de cumbres... son las primeras miradas humanas que contemplan estas soledades de hielo entre arrebatos de alegría y atónito recogimiento... La mirada se dirige ávida a través de aquella inmensa extensión de nieves, de hielo y de cumbres, que la cristalina transparencia de la atmósfera y la fulgurante luz del sol toman aún más nítida, y procuro escrutar sus secretos."

Bastan estas palabras para aclarar las ideas acerca de qué tipo de explorador fue De Agostini: un científico riguroso, pero también y sobre todo un hombre sediento de conocimientos, impulsado por un fuerte deseo romántico hacia las soledades y lo desconocido, y además, un hombre de fe siempre pronto para asombrarse ante las maravillas de la creación.

[Subir](#)

LA TRAVESÍA DEL HIELO CONTINENTAL Y EL FITZ ROY

También de 1931 es la primera travesía del Hielo Continental y de la Cordillera Patagónica Austral, cumplida asimismo con los tres compañeros que lo habían seguido en la ascensión al Monte Mayo. La empresa fue llevada a cabo entre el 24 de enero y el 13 de febrero. Bastante laboriosa fue, sobre todo, la travesía del inmenso glaciar Upsala, uno de los más extensos de la Cordillera. Más allá de la impresionante avenida helada, en las laderas del Monte Cono, los exploradores hallaron un oasis de verdura hasta con algunas hayas enanas, perdidas entre las morenas y los hielos. "Es un pequeño oasis verdeante y florido entre la aridez de los glaciares y de las rocas, en una espléndida posición para establecer nuestro campamento."

Prosiguiendo la travesía, el grupo entró en un glaciar desconocido, que fue bautizado "Bertacchi". Luego fue descubierta una inmensa altiplanicie, que tomó el nombre de Meseta Italia. Los cuatro alcanzaron finalmente la cima virgen del Monte Torino, de donde contemplaron el subyacente fiordo Falcón y la costa del Pacífico. Si bien no concluida en todos sus objetivos, bien se puede decir que la travesía se cumplió, y el retorno se llevó a cabo por el camino de ida.

Esta realización es una de las piedras miliars de la historia de las exploraciones patagónicas, y solo muchos años más tarde será repetida y completada enteramente (1955-56) expedición de la Royal Geographic Society, H.W. Tilman y el chileno Jorge Quinteros, desde el fiordo Calvo hasta el Lago Argentino.

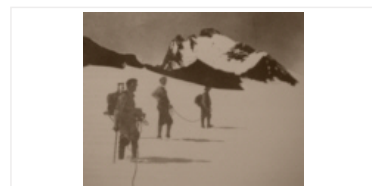
Con metódica progresión, siempre en busca de nuevos horizontes, de 1932 a 1935 el padre De Agostini visitó otras veces el macizo del Fitz Roy, seguramente el grupo montañoso más complejo e imponente de toda la Cordillera. En sucesivas campañas de



Luigi Carrel y Camillo Pellissier en la cumbre del Monte Italia (10 de marzo de 1956).



Patagonia. Los cuernos del Paine desde el Sur.



Patagonia. En el Glaciar hacia el Monte Mayo (1931).

exploración se adentró en los valles que, de las laderas de las montañas principales, confluyen en el Río de las Vueltas. Huésped de la estancia "Masden", pasó Navidad al pie de la Cordillera, escuchando las narraciones de su anfitrión, quien recordaba los tiempos en que esos lugares eran aislados y salvajes. Y así fue como decidió establecerse allí.

Encontramos, en este breve período de descanso, a un De Agostini hombre de Dios. Por otra parte, cuando se detenía en las estancias, el salesiano abandonaba siempre los hábitos del explorador y retomaba los del sacerdote, celebrando misas, consagrando matrimonios, administrando los sacramentos o también pronunciando tan sólo palabras de consejo o confortando los espíritus. Pero el llamado de la naturaleza salvaje y de la investigación estaban siempre presentes y los reposos no hacían más que dar a esos impulsos mayor vigor. Terminadas sus funciones como sacerdote, De Agostini volvía a ser hombre de aventura.

Ya en 1931 había podido admirar de cerca la elegante pirámide del Fitz Roy y había recibido una vivísima impresión. "Pero la atracción más imponente la constituye el Monte Fitz Roy... Es el señor de toda esta vasta región montañosa, es otro Cervino, algo más modesto en cuanto a elevación pero no menos terrible por la verticalidad de sus paredes y la majestuosidad de su cúspide. El Fitz Roy es sin duda una de las montañas más bellas e imponentes de la Cordillera Patagónica..."

En aquella primera expedición de ensayo, De Agostini efectuó el reconocimiento del valle del Río Fitz Roy y penetró hasta el círculo terminal, encerrado entre las muy audaces agujas del Cerro Torre, ("que se yergue imponente al oeste, ostentando su grácil cima, altísima, coronada por un penacho de hielo, y sus formidables paredes de granito...") y la impresionante muralla noroeste del Fitz Roy.

Durante el segundo viaje a la región, el padre salesiano se adentró en el amplio valle del Río de las Vueltas, todavía entonces desconocido en su parte superior. Obviamente, tampoco eran conocidos los valles tributarios, aun cuando algún occidental los hubiese visto. En 1909 había penetrado en esos territorios un aventurero alemán en busca de fabulosos tesoros de las minas. Ese hombre se estableció definitivamente en la región, en un valle cuyo topónimo recuerda su sobrenombre: en efecto, él era conocido como Milodón, por haber sido el descubridor de la célebre gruta del Milodonte, en la región de Última Esperanza. El hombre llevó en aquellos lugares una vida solitaria que duró de 1913 a 1931, año de su muerte. Su verdadero nombre era Alberto Conrad y su cadáver fue hallado en su barraca con sus supuestos tesoros: algunos cristales de cuarzo.

En aquellos años se hablaba también de otra leyenda viviente, un individuo que podríamos describir como una mezcla de Robin Hood, Billy the Kid y Robinson Crusoe. Se trataba de un bandido uruguayo, Asencio Brunel, ladrón de caballos y de rebaños, terror de los indios tehuelches y de los primeros estancieros. Vestido de pieles de puma, Asencio dominó, como señor indiscutido, la región, y cumplió gestas casi legendarias, para terminar muerto por algunos colonos en un tiroteo digno de las mejores películas del Oeste.

Retornemos, pues, al protagonista de nuestra monografía, el cual proseguía sin pausas el reconocimiento de las montañas. Bastante provechosa fue la expedición al valle del Río Eléctrico en busca de una completa visión y conocimiento de las vertientes septentrionales del Fitz Roy. Formaba parte del grupo también el guía alpino Carrel, de la región de Aosta. El campamento de base fue instalado en el valle, cerca de un gigantesco peñasco errático que desde ese día, en memoria del sacerdote explorador, es conocido como Piedra del Fraile. Construida una cabaña de troncos, a causa del mal tiempo el grupo fue obligado a permanecer inactivo durante cerca de un mes. Al término de la forzada espera, el retorno del buen tiempo permitió recorrer la parte superior del valle del Río Eléctrico, asomarse al Hielo Continental y de allí dirigirse a la ladera noroeste de la Gorra Blanca. En el curso de la excursión, fue localizada y descripta una nueva cadena montañosa al norte del Cerro Torre, que fue llamada Cordón Guillermo Marconi. Se pudo además establecer la posición geográfica de los glaciares tributarios del lago San Martín.

[Subir](#)

LAGO SAN MARTÍN Y MONTE SAN LORENZO

Sería justamente la región del San Martín la próxima meta de los viajes de De Agostini, quien pasó en la zona buena parte del año 1937. Usando, como base de partida, las estancias "La Ramona" y "Los Ventisqueros", el salesiano logró en una primera tentativa, escalar el Monte Milanesio, óptimo punto panorámico que se asoma a la cadena interna y a los glaciares O'Higgins y Chico, los cuales se lanzan sobre el brazo sur del Lago San Martín.

Hemos llegado así a la última etapa de las exploraciones de Alberto De Agostini. Dirigiéndose aún más al norte, orientó sus esfuerzos hacia el macizo del monte que, por su altura, es el segundo de toda la Cordillera Patagónica Austral: el Monte San Lorenzo. Se trata de una montaña de hielo y roca, de formas audaces e imponentes, un verdadero y real señor de la Cordillera. Toda la región del San Lorenzo estaba prácticamente inexplorada, si se excluyen las rápidas visitas cumplidas por los topógrafos militares argentinos y chilenos con el propósito de definir los confines entre las dos naciones.

En 1940, terminada una segunda y veloz excursión en la región del San Martín, De Agostini se dirigió hacia los nuevos territorios. El trabajo se inició con la exploración y los relevamientos geográficos y geológicos de las vertientes sud, este y norte del San Lorenzo, de cuyos glaciares se originan el Río Lácteo, el Río Platten y el Río Tranquilo. A propósito de la montaña se expresa así De Agostini en su obra "Andes Patagónicos": "El macizo de San Lorenzo (3700 metros) es, después del Monte San Valentín (4050 metros) el más elevado de la Cordillera Patagónica Austral".

No obstante la relativa facilidad de acceso (sus bases se pueden alcanzar fácilmente ascendiendo por los valles orientales) ha permanecido hasta hoy ignorado casi del todo en el mundo geográfico y del montañismo, y casi nada se conocía, hasta nuestra llegada, de su estructura y de sus interesantísimos e imponentes aspectos, y ninguno había penetrado en su interior... El San Lorenzo, por su especial posición, constituye el punto culminante de aquel sistema montañoso que, alejándose del eje de la Cordillera andina, se aproxima a las mesetas orientales, quedando circunscripto al nor-nordeste por las profundas depresiones del Río Baker y del Lago Cochrane-Pueyrredón, y al sud por la



El Macizo del Paine y el Alto Valle del Francés.



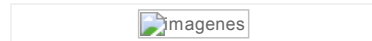
En el Altipiano Italia bajo la pared del Monte Torino (6 de febrero de 1931).



El Cerro Gorra Blanca y el Cerro Cagliari desde el Sur.



Tierra del Fuego. El Glaciar Negri visto desde la caleta homónima.



Egidio Feruglio, Evaristo Croux y Leone Bron en el Glaciar Upsala (Patagonia, 1931).

cuenca del Lago San Martín

Por cierto, esta cima, de formas elegantísimas, debió sugestionar no poco al sacerdote misionero, tanto que, leyendo su informe de la exploración, el San Lorenzo está siempre presente, observado, admirado casi como algo sobrenatural y misterioso. Durante el primer viaje se realizó la travesía del Valle del Río Lácteo, "uno de los más pintorescos que yo haya conocido en la Cordillera, no sólo porque mantiene todavía intacta la vegetación arbórea, en forma de manchas de hayas esparcidas graciosamente aquí y allá, casi artísticamente, sobre las laderas, sino sobre todo por la vista del San Lorenzo, que domina todo el fondo hacia el poniente, y de otros dos montes bastante elevados, el Penitentes (2750 metros) al sudoeste, y el Hermoso (2100 metros) al norte, en directa continuación del valle del Río Lácteo".

Poco tiempo después le tocó el turno al valle del Río Platten, de pocos atractivos según De Agostini, pero, con todo, bastante importante porque permite observar la vertiente norte del San Lorenzo. Después de una serie de días de tiempo malo y ventoso, por fin se tornó realidad la esperanza de poder conocer y fotografiar el lado norte de la montaña, y los exploradores gozaron de una incomparable vista del macizo. Por aquellos días nació probablemente el proyecto de escalar la montaña, y con el propósito de localizar una vertiente menos ardua, De Agostini se dirigió aún más al norte, hacia el valle del Río Tranquilo, tributario del Río del Salto, que después desemboca en el Pacífico. Al noroeste del macizo principal fue localizada y descrita otra cadena montañosa, la de los montes Cochrane, pero bastante más interesante fue el descubrimiento de que el lado noroeste del San Lorenzo, aunque cubierto de inmensos glaciares, podía ser escalado. Una segunda incursión en el valle del Río Tranquilo y en la parte superior del Río del Salto confirmó que la ascensión era factible y permitió obtener ulteriores datos documentales.

También en este caso, De Agostini se valió de la generosa hospitalidad de los muy pocos colonos de la región, y estableció su base cerca de la estancia "Elorragia". En sus descripciones él no pasa por alto los detalles de la vida y del trabajo de los estancieros, y a veces intenta ofrecer un perfil psicológico de ellos. "Pocos son los colonos que todavía hoy viven desparramados en estos solitarios valles andinos, tan alejados de los centros habitados, por las dificultades de acceso debidas a la aspereza de los caminos apenas trazados entre despeñaderos y pantanos, por los peligrosos vados de los ríos impetuosos que tornan difícil el abastecimiento de los víveres y la exportación de los productos laneros de los cuales obtienen los medios para sustentarse, de modo que las ganancias son bastante escasas y la vida dura y llena de privaciones. No obstante estas dificultades y penurias, un profundo afecto liga a los colonos a estos solitarios valles andinos, como si estuviesen subyugados por un encanto misterioso. De cuando en cuando el nostálgico recuerdo de lugares más cómodos y poblados donde transcurrieron los primeros años de sus vidas, y el deseo de volver a ver a parientes y amigos los induce a alejarse por algún tiempo, pero pronto retornan con alegría a estos oasis de paz y soledad, aburridos y fastidiados del alboroto y de las habladurías de la sociedad".

[Subir](#)

DE AGOSTINI AMBIENTALISTA Y LA ASCENSIÓN AL SAN LORENZO

Junto a los muy precisos informes de viaje, a las descripciones de valles y sistemas montañosos que otorgan a menudo a las narraciones de De Agostini una atmósfera más bien monótona y fría, se agregan a veces consideraciones de carácter ambiental que testimonian, por el contrario, el amor por la naturaleza del gran explorador. Hallamos en ellas una constante preocupación del autor respecto de la progresiva invasión de los valles por parte de los colonos, invasión que conducía a inevitables perturbaciones del equilibrio ecológico.

Podemos hallar descripciones en este sentido cuando, por ejemplo, con gran tristeza describe las grandes y súbitas destrucciones forestales de Ultima Esperanza. "Cuando llegué allá don Orosimbo, inmensas zonas boscosas jamás holladas por ser humano alguno cubrían esta vasta región premontañosa, pero en pocos años, por causas fortuitas o intencionales, fueron destruidas por colosales incendios, que duraron semanas y meses enteros, favorecidos por la extraordinaria fuerza y continuidad de los vientos. Esta es la suerte que ahora les ha correspondido a todos los bosques precordilleranos de la Patagonia en su vertiente oriental". Otros fragmentos relativos al ambiente nos describen, por otra parte, algunas especies de animales en vías de extinción, como por ejemplo el huemul o ciervo de la Cordillera. "El huemul (*Hippocamelus bisulcus*, Mol) es todavía numeroso en los valles cordilleranos, pero, a medida que estos se van poblando, desaparece rápidamente. Sus principales enemigos son el león y el hombre. El primero lo caza para saciar el hambre; el segundo, por diversión o por razones aún menos justificables, aprovechando de su extrema timidez y docilidad".

Con esta pequeña digresión hemos llegado a la última exploración de De Agostini: el viaje a los valles del Río Baker y del Río Chacabuco. El salesiano alcanzó así los límites septentrionales de la Cordillera. De esta experiencia nos deja en sus libros más impresiones sobre la gente y sobre sus condiciones de vida que notas geográficas. Puntualiza las graves carencias respecto de caminos, cosa que llevaba a los colonos a un grave aislamiento y permitía que los bandidos se enseñorearan de la región. Uno de los colonos, conocido por De Agostini, quien tuvo ocasión de ser su huésped, le contó de un individuo que le robaba y mataba su ganado. El colono fue asesinado por ese mismo bandido poco después de la partida del misionero.

Entre las notas de este último viaje, muy característica es también la descripción de Vilches, extraño tipo de colono que vivía en un mísero tugurio. "No llegábamos en verdad a comprender cómo este singular ermitaño, con tanta madera del bosque a su disposición y con tanto tiempo disponible, no se había construido una habitación más confortable en un clima tan tempestuoso y frío, pero, por lo que parecía, el buen hombre estaba plenamente satisfecho y contento, sin demostrar ningún deseo de procurarse otras cosas fuera de las que poseía". En el corazón de De Agostini, ya sexagenario, permanecía empero el deseo de alcanzar la cima del monte San Lorenzo, cuya ascensión podía también simbolizar el digno coronamiento de un trabajo de treinta años en la Cordillera.

El momento propicio se presentó en la primavera de 1943. A causa de la situación bélica mundial, le fue imposible llamar a la Argentina a los guías alpinos italianos de los cuales siempre se había valido. Con todo, en el Club Andino de Bariloche encontró dos



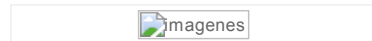
Patagonia. El Cerro Almirante Nieto y las Torres del Paine desde la Laguna Azul.



Alberto De Agostini y el piloto Franco Blanco en el aeródromo de Puerto Bories antes de emprender el vuelo sobre la cordillera (1937).



Una imagen aérea del Fiordo Parry.



Alberto De Agostini en la Tierra del Fuego con su cámara fotográfica.

compañeros que parecían ser más que adecuados para la empresa: el guía suizo Alexander Hemmi y Heriberto Schmoll. Favorecidos por una serie de nuevas carreteras, los tres llegaron rápidamente a las laderas de la montaña, pero luego perdieron un tiempo precioso a la espera de 500 kilogramos de materiales para la expedición. Una vez resuelto el problema, gracias a un casi increíble período de tiempo espléndido (quince días) el grupo logró instalar un campamento de avanzada en la cota de los 2320 metros, sobre el glaciar del San Lorenzo. El día 3 de diciembre, un primer asalto a la cima fue frustrado por el mal tiempo. Los tres se detuvieron en la cota de los 2925 metros y de allí descendieron hasta el campamento base, en el valle del Río del Salto. Hasta el día 14 el tiempo se mantuvo malo, impidiendo cualquier actividad, pero el alba del día siguiente despertó grávida de promesas y el grupo decidió partir. Habiendo alcanzado el campamento de avanzada, un breve empeoramiento obligó a los escaladores a una pausa forzada, y sólo el 17 pudieron partir hacia la cima gracias a un inesperado mejoramiento del tiempo. Toda la ascensión se desarrolló entre dificultades técnicas, nieve y hielo, y con la preocupación de que el tiempo, ya inseguro, pudiese llegar a ser de nuevo malo e impidiese alcanzar la meta.

"...Nuestra mirada se dirige con ansiedad hacia las cadenas de montañas que se yerguen en el horizonte como para asegurarnos que continuarán los indicios de buen tiempo". Una espesa niebla acompañó el trecho final de la expedición, manteniendo a los escaladores en un constante estado de tensión y expectativa que se relajó tan solo en la cima. "Han transcurrido tres horas desde que emprendimos la ascensión de esta pared de hielo (vertiente noroeste) y Hemmi, que avanza cautamente, me pregunta con frecuencia: ¿En qué punto estamos?". Llegados a una altura cercana a la cima, la niebla se disipó por un instante, dejando entrever la cumbre principal. "...Aparece frente a nosotros hacia el sur, en toda su grandeza y majestad, la cúspide excelsa del San Lorenzo. Un estremecimiento de alegría invade nuestro espíritu, mientras en coro exclamamos: ¡la cima! ¡la cima!".

Hacia las 16:30: "Hemmi se interna en una canaleta de hielo... Avanzamos con mucha cautela, uno por vez, con toda la cuerda tendida sobre el inseguro trayecto, porque una caída representaría un salto vertical de 2400 metros. En pocos minutos alcanzamos la inmaculada cumbre. Son las 17:30... Extraigo de la mochila una estatuita de María Auxiliadora y, después de haberla asegurado a un asta preparada a propósito, la clavo profundamente en la nieve. La Virgen Santísima, desde esta cumbre dominante que constituye el confin entre la Argentina y Chile, velará por la paz de las naciones hermanas y por la prosperidad y el triunfo de la obra salesiana en la Patagonia. Schmoll, entre tanto, ha atado a un asta la bandera argentina y el gallardete del Club Andino de Bariloche... Agregó una banderita tricolor italiana... las dos banderas flamean gallardas sobre la cima augusta... y la noble enseña argentina parece fundir sus colores blanco y celeste en una admirable armonía con la candidez de las nieves y el azul del cielo. Festejamos nuestra victoria bebiendo una copita de coñac..."

La noticia de la ascensión fue recibida con incredulidad y se difundió por doquiera en la pampa. Durante una etapa del viaje de retorno, De Agostini tuvo ocasión de escuchar el juicio que un gaucho formulaba sobre la increíble empresa, presumiendo ante los allí presentes: "Amí no me la cuentan (decía): yo he visto de cerca la cima del San Lorenzo: es terrible. Si no la han enlazado, no es posible que la hayan escalado".

[Subir](#)

EXPLORACIÓN AÉREA DE LA REGIÓN ÚLTIMA ESPERANZA

Entre las tantas iniciativas tendientes al conocimiento de la Cordillera, es necesario sin duda recordar también el vuelo sobre una parte de ella, cumplido por De Agostini en 1937. Hombre abierto y atento a toda novedad, el misionero ya había sabido valerse magníficamente de la técnica fotográfica para documentar sus propios logros, y supo utilizar siempre toda nueva posibilidad ofrecida por el progreso. Fue, pues, espontáneo en él tratar de poder emplear también los medios aéreos para tener una visión aún más clara de la cadena montañosa. El vuelo de 1937 forma siempre parte de aquellos emprendidos por los pioneros de la aviación, por cuanto, no obstante los progresos de la industria, las particulares condiciones climáticas de la Patagonia tornaban arduo, de cualquier modo, el normal vuelo en avión. Dice al respecto De Agostini: "La navegación aérea en este sector austral de los Andes es una de las más difíciles del mundo... las ráfagas de viento... son terriblemente poderosas y vertiginosas, y producen en su carrera pozos de aire y fuertes remolinos que pueden hacer descender de golpe al aparato centenares de metros".

El primer vuelo sobre tierras magallánicas había sido realizado por el francés Omar Page no muchos años antes. El 23 de agosto de 1914 se lanzó al cielo de Punta Arenas frente los ojos maravillados de poderosos y humildes. Pocos días más tarde el mismo Page sobrevolaba el Cabo de Hornos. En 1916 los chilenos Fuentes y Castro, con un Bleriot de 80 HP, efectuaron la primera travesía del Estrecho de Magallanes, en 23 minutos. Inmediatamente después del conflicto mundial nació el Aero Club de Punta Arenas, y el 21 de mayo de 1921, el SVA de 220 caballos del club, comandado por Mario Pozzatti, efectuaba el primer vuelo postal de la América Austral, transportando una valija con cartas de Punta Arenas a Río Gallegos. El segundo vuelo fue cumplido de Punta Arenas a Ushuaia en 1928 por el alemán Gunther Plüschow, con el hidroavión "Cóndor de Plata". Este piloto debe ser considerado un pionero, precursor de una nueva era: sus vuelos con propósitos de exploración aportaron una riquísima documentación acerca de toda la región. Plüschow logró sobrevolar también el terrible Monte Sarmiento y, de regreso, pasó sobre el fiordo De Agostini. De este pasaje dejó una impresión escrita: "¡Oh, monseñor De Agostini! Tú que tanto has trabajado por descubrir la bellezas de la Tierra del Fuego. Ahora experimento la emoción inmensa que sentiste tú al descubrir este magnífico fiordo, que justamente lleva tu nombre!"

Después de esta necesariamente breve historia de los pioneros de la aeronáutica en las tierras magallánicas, volvamos a De Agostini y a su vuelo sobre el Balmaceda y el Paine, que le permitió reunir una enorme documentación fotográfica, la que continuó siendo, durante muchos años indispensable y única para el conocimiento de esas regiones. Compañero en la empresa y piloto del monoplano "Saturno" era uno de los animadores del Aero Club de Punta Arenas, Franco Bianco, hijo de piemonteses, que llegó a ser famoso por haber cumplido el raid Punta Arenas - Santiago - Mendoza - Buenos Aires - Punta Arenas: 6700 kilómetros viajando solo.



El mayor Ayala del ejército chileno, y Arvedo Decima en el Glaciar Blanca (Expedición de 1955-56) Fotografía A. De Agostini.



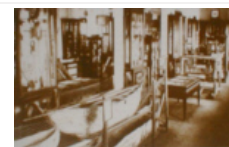
Cartel de presentación de la película "Terre Magellaniche".



El brujo Selknam Minkiol, informante del padre Giovanni Zenone y de Martín Gusinde.



Indios Selknam (Onas) en Río Grande, Misión Candelaria.



Vista Interior del Museo Regional Salesiano "M. Borgatello", en Punta Arenas.



Tierra del Fuego. Turistas en el Fiordo De Agostini.

Para emprender el vuelo De Agostini se dirigió a Puerto Natales, donde esperó un par de días que el tiempo mejorara. Al tercer día, el 13 de abril, aclaró. "A las 10 envió un fonograma a Bianco: 'Tiempo óptimo - Cordillera al descubierto'. Respuesta inmediata: 'Voy al campo y parto.'" Esa tarde iniciaba el vuelo. "Dos carabineros chilenos vigilan el aparato... Cuando subo a la carlinga, uno de ellos me pregunta por qué no me coloco el paracaídas. Pienso entre mí que el único paracaídas que llevo siempre conmigo es una reliquia de San Juan Bosco, a quien invoco en las dificultades y peligros". El avión despega. "Es la primera vez que sobrevuelo la inmensa Cordillera Patagónica, que desde tantos años es meta predilecta de mis estudios y de mis investigaciones. En pocos minutos el avión, con rápida subida, está a gran altura". El liviano aparato ha llegado a los 2000 metros, y penetra en el estrecho valle entre el Balmaceda y el Cerro Prat. "... Cuando de pronto siento que el aparato desciende y cae verticalmente en el vacío, como si hubiese perdido las alas a una velocidad impresionante, cincuenta, cien metros? Franco me aseguró después que debían ser doscientos metros. No me he todavía recuperado de la sorpresa de aquel salto acrobático, cuando ahora una fuerza invisible nos lanza velozmente hacia lo alto en tremenda subida. El "Saturno" tiembla y oscila, se hunde y se eleva como si estuviese a merced de una gigantesca marejada... Franco domina con maestría y seguridad el aparato, y a mis temerosas preguntas responde que, apenas salidos de esa garganta, entraremos en una zona de mayor calma".

Apenas hay tiempo de tomar la máquina fotográfica y ya el avión está sobre el Paine, "que absorbe nuestras miradas con la belleza y majestad de innumerables pirámides, torres y penachos, que lo hacen aparecer como una gigantesca catedral gótica... Con una subida a todo motor, Franco lleva el aparato a 3200 metros". Desde allí arriba el horizonte se abre sobre ángulos conocidos y desconocidos, despertando el entusiasmo del misionero. "Por todas partes hielo y nieves eternas, cadenas de montañas de las cuales los mapas no dan noticia alguna, dejando solamente un espacio en blanco con la inscripción 'inexploradas'. Ahora nuestros ojos son irresistiblemente atraídos por una inmensa avenida de hielo que la Cordillera, horrendamente revuelta, regurgita". El vuelo prosigue sobre el Lago Argentino. Los dos pasan junto a las cimas del Monte Mayo y se dirigen un poco más al norte, hasta entrar en el Hielo Continental. "Más a septentrión se extiende la inmensa avenida de hielo del Glaciar Upsala, bordeada por ambos costados por montañas que blanquean por la nieve, entre las cuales se destaca, altísima y dominadora, la imponente torre del Fitz Roy. Hemos entrado en el reino misterioso de las blancas soledades, donde el viento y las tempestades imperan como soberanos, pero hoy todo es luz y silencio profundo, herido tan solo por el rugir del motor. Permanezco absorto ante el fascinante espectáculo y saboreo anticipadamente la alegría de develar los últimos secretos de estos hielos eternos." Después de cuatro horas de vuelo, el "Saturno" retorna a la base con De Agostini consciente de haber dado la última pincelada al ya completo cuadro de sus exploraciones.

[Subir](#)

DE AGOSTINI ESCRITOR Y FOTÓGRAFO

Es ahora ya seguro que el sueño de San Juan Bosco, en el cual el santo vio las riquezas y las posibilidades aún no aprovechadas de las tierras magallánicas, influyó no poco en la actividad de De Agostini. Su misión en la Patagonia no consistía sólo en ser pastor de almas: a ello debía sumarse la actividad de exploración, actividad encaminada también a confirmar con datos tangibles el sueño de Don Bosco.

Evidentemente, para hacer esto se necesitaba ser un apasionado de la aventura, alpinista, fotógrafo, escritor. Sin lugar a dudas, estas características se hallaban reunidas en el padre De Agostini. Tenía por coetáneos a numerosos alpinistas-fotógrafos de aquella que se podría considerar la "escuela de Biella", que tuvo sus máximos representantes en Vittorio Sella y en los hermanos Piacenza. Y ya antes de partir para América del Sud había manifestado dotes no comunes de fotógrafo, participando en algunos concursos de temas paisajísticos en Italia, habiendo obtenido también un primer premio. Si bien muy inclinado hacia la fotografía artística, que caracterizó también parte de sus primeras realizaciones americanas (con las cuales participó en concursos fotográficos en Río de Janeiro, Santiago, Valparaíso y Concepción), el salesiano debió renunciar a esta inclinación para dedicarse a la fotografía meramente documental. No fue por cierto una elección difícil, y de cualquier modo era necesaria por cuanto la documentación de tierras y montañas desconocidas ocupaba, por su importancia, el primer puesto. El tiempo físico y meteorológico no permitían, por cierto, entregarse a elaboraciones extravagantes y laboriosas: lo más importante era reunir la mayor cantidad posible de datos, sobre todo desde el punto de vista fotográfico.

De Agostini cumplió en efecto plenamente esta tarea, considerando que sus libros y las fotografías que los ilustran son aún hoy un precioso cofre de informaciones sobre las tierras magallánicas. Junto al voluminoso trabajo fotográfico debemos recordar también dos filmaciones, Tierras Magallánicas y Tierra del Fuego, difundidas tanto en América Latina como en Europa. Si fotografías y documentales fueron tal vez el instrumento más importante usado por el explorador nacido en Pollone, no debemos con todo olvidar la inmensa obra literaria que se agrega a ellos. Veintidós son los libros y las guías, aun turísticas ("Guía Turística de Magallanes y Canales Fueguinos" y "Guía Turística de los Lagos Argentinos y Tierra del Fuego"), escritos entre 1924 y 1960, ya sea en italiano o en castellano. Ciertamente los más conocidos son "Ande Patagoniche - viaggi di esplorazione nella Cordigliera Patagonica australe", de 1949, "Trent'anni nella Terra del Fuoco", publicado en 1955, y "Sfingi di ghiaccio" ("Esfiges de hielo"), de 1958. Además de los libros existe una increíble cantidad de artículos y ensayos aparecidos en diarios y revistas en Italia, la Argentina y Chile.

En todos estos escritos, la parte de la geografía y las ciencias naturales ocupa un lugar preponderante, hasta el punto de hacerlos parecer por momentos monótonos y tediosos. No obstante, de una más atenta lectura es a menudo posible captar la dimensión humana del autor, su sed de espacios desconocidos, su búsqueda de un mundo todavía incontaminado y primordial, donde la divinidad fuese todavía bien perceptible y mostrase sin velos sus rostros.

La obra escrita, como la fotográfica, constituye un importante testimonio tendiente por entero a mejorar y difundir el conocimiento de las regiones magallánicas, pero en ambas se encuentra algo más, que sin duda las torna más ricas y completas. Este algo es la constante voluntad de confirmar a aquel sueño de Don Bosco que vio: "...en las vísceras

de las montañas, en las profundidades de las llanuras. Tenía en vista las riquezas incomparables de estas regiones, que un día serían descubiertas..."

[Subir](#)

EL PROBLEMA DE LOS INDIOS

En muchos textos de De Agostini hallamos un espacio especial dedicado a estudios etnográficos y a consideraciones sobre las condiciones de las tribus indígenas que iban gradualmente desapareciendo bajo el acoso de la civilización blanca. Evidentemente, el salesiano tomaba muy a pecho el problema; él, por lo demás, como muchos de sus hermanos de orden, se hallaba casi impotente frente a la progresiva declinación de esas gentes. En su peregrinar tuvo ocasión de familiarizarse con los representantes de todas las etnias: los onas, los yamanas y los alacalufes de la Tierra del Fuego; los tehuelches y los araucanos de la Patagonia. También en este caso De Agostini se muestra muy capacitado para describir y nos deja precisas apuntaciones sobre las características antropomórficas de las diversas tribus, sobre sus tradiciones y usos, sobre sus creencias religiosas y vínculos sociales. La obra del misionero reviste en este sentido enorme importancia, pues permite conocer una realidad hoy desaparecida.

La precaria situación de los indígenas y las continuas persecuciones de que eran objeto fueron gran motivo de congoja para el sacerdote, quien por decirlo así se hallaba entre dos estados de ánimo diversos. Por un lado, como hombre de caridad, debía mirar por las poblaciones indígenas: era preciso deber suyo protegerlas y procurar integrarlas de manera lo menos traumática posible en la nueva situación social que estaba imponiéndose.

Por otra parte, empero, De Agostini se daba perfecta cuenta de ser él mismo, junto con la civilización blanca, un perturbador de los equilibrios seculares derivados de un milagroso acuerdo entre hombre y naturaleza. No obstante, no podía tampoco olvidar a sus fieles, los colonos, los mineros y todos los que habían llegado a aquellas tierras en busca de fortuna. No obstante ello, muy a menudo De Agostini denunció abiertamente los delitos que los estancieros cometían contra los indios y llegó hasta a acusar en un libro suyo a Manuel Senoret, gobernador de Punta Arenas, Este había deportado tribus enteras, empujándolas hacia Punta Arenas con el pretexto de "sustraerlas de la miseria y asegurarles el alimento y el vestido de que carecían. La responsabilidad de estas guerras de exterminio contra los onas recae en gran parte sobre el gobernador Senoret... Para proteger los intereses de algunos... y también para oponerse a los misioneros salesianos que él habría querido expulsar de la isla de Dawson, de la cual codicia los bosques y los pastos, favoreció la más indigna de las persecuciones. Expuestos casi desnudos por las calles de la ciudad, los indios fueron distribuidos entre cuantos los querían (remate de indios) sin tener en cuenta los antecedentes de tales solicitantes..."

Este no es sino el episodio más significativo de la lucha de De Agostini en favor de los indios, lucha verdaderamente difícil y perdida de antemano. En sus escritos todavía leemos: "Los pastores, en gran parte anglosajones, eran quienes veían en los indígenas el mayor impedimento para la propagación de sus rebaños, y de allí la caza sin piedad a que se los sometía como si fuesen animales feroces. El inglés Sam Jslop se vanagloriaba hasta de usar correas fabricadas con la piel de los indígenas, que obtenía de las espaldas de estos infelices. Otro terrible perseguidor de onas fue el escocés Mac Lennan, administrador de la estancia 'Primera Argentina'... Para gloriarse de sus nefandos exterminios, equiparaba el número de sus víctimas con el de los whiskies que había bebido, y que no debían de ser pocos porque se hallaba en perenne estado de embriaguez. Dado que los indígenas, para así mitigar el hambre, se cebaban sin repugnancia en los animales que encontraban muertos por el campo, los pastores envenenaban grandes trozos de carne con estricnina para triunfar más fácilmente en su inicua campaña".

Concluamos este capítulo también con algunas consideraciones de De Agostini a propósito del problema indígena. "También aquí, como en el Lejano Oeste, como en la Pampa y en el Chaco, la suerte de los indígenas estaba inexorablemente marcada; también aquí, la idéntica historia de todas las colonizaciones... En este triste y rápido declinar de la raza fueguina les correspondió a los misioneros salesianos la noble aunque ingrata tarea de defender al indígena contra el blanco, al débil contra el pionero audaz e inteligente, ávido de lucro, al cual sonreía una fácil e inmensa fortuna en la conquista de esas tierras, hasta entonces dominio absoluto de los onas... Ya no escucharán más las selvas vírgenes, en la quietud profunda de una noche lunar, las antiguas leyendas del héroe Kuanip, hijo de la montaña roja, y de su infortunada esposa, la graciosa Oklta, transformada en murciélago. El koliot (forastero), venido de regiones lejanas, sediento de riquezas y dueño de armas mortíferas, ha cumplido con rapidez su obra nefasta, destruyendo para siempre la felicidad secular de esta raza primitiva, que desde hacía siglos vivía solitaria e inocua en la más singular región de la tierra".

No obstante su avanzada edad, De Agostini continuó trabajando activamente, reordenando sus estudios y pensando siempre en las tierras patagónicas. Le había quedado el deseo insatisfecho de conquistar la cima del Sarmiento, pero también esto debía ser alcanzado por su tesonera voluntad: fue De Agostini, ya viejo, quien guió la expedición italiana que en 1956-57 conquistó la cima con Clemente Maffei y Carlo Maun, grupo que después escaló el Monte Italia. Vuelto a Italia, donde a menudo solía pasar los meses que en la Patagonia eran menos buenos, el padre De Agostini murió el 25 de diciembre 1960 en la Casa Matriz de los Salesianos de Turín.

[Imprimir](#)